

NERUDA: "UNA CASA EN LA ARENA" (fragmento)

Después de una poética descripción del mar, la arena, las plantas, las piedras, las ágatas, etcétera, de Isla Negra, escribe Neruda en "Una casa en la arena":

LA CASA La casa . . . No sé cuándo me nació . . . Era a media tarde, llegamos a caballo por aquellas soledades . . . Don Eladio iba adelante, vadeando el estero de Córdoba que se había crecido . . . Por primera vez sentí como una punzada este olor a invierno marino, mezcla de boldo y arena salada, algas y cardos.

DON ELADIO Aquí, dijo don Eladio Sobrino (navegante) y allí nos quedamos¹. Luego la casa fue creciendo, como la gente, como los árboles. Don Eladio se nos murió, más tarde. Tenía muchos años y era infatigable y alegre. Era andaluz el capitán Sobrino. La última vez que vino a vernos cantó toda la tarde antiguas canciones serranas y marinas. El mismo día que dejó de cantar y navegar para siempre, me encaramé en la escalera, y en la gran goleta velera colgada sobre la chimenea escribí su nombre con letras mayúsculas. Así se llama "Don Eladio" la embarcación que hicieron para mí en Veracruz los marineros emigrados del "Manuel Arnús".

Estaba el gran barco pegado a la ribera, ondulando con todas sus camisetas, sábanas y calzoncillos largos.

Me reconoció la marinería. Me invitaron a sus pobreza. Y porque cantamos y vivimos juntos, los andaluces construyeron con paciencia este modelo. "De los que salen de Puerto Santamaría", me advirtieron.

Sobre la chimenea de piedra de Isla Negra navega la "Don Eladio". ¡Qué bien nombrada estuvo!

EL PUEBLO Cuando años más tarde intervino Germán², el arquitecto, tuvo que entenderse con el maestro mayor don Alejandro. Hay que ver esas manos. No hay piedra que las resista. Ni clavo, ni tornillo, ni grapa, ni serrucho, ni martillo, ni perno, ni botella. No hay cantero como él, ni carpintero como él, ni albañil, ni estupendo bebedor de vino tinto como el Maestro Mayor. Aquí por estas orillas, mar infinito (que él no mira), trabajo y vino.

Germán constató cómo don Alejandro levantaba una de esas piedras pesadas y cuadradas, la miraba al trasluz y rápido le volaba una arista. La piedra centelleaba. Y luego se emparedaba en la asociación del cemento. La casa fue así como un racimo de uvas de granito, que se fue granando en las manos tremendas del maestro García.

Germán y yo lo buscábamos arriba entre las vigas, para modificarlo y para mejor aprender.

No había ninguno.

Voló con sus aprendices. No podía ser, sólo era jueves. Pero tal vez el viento de Oceanía que llega de tarde en tarde por la costa, se encontró con los albañiles y con el día jueves, allá encima, en los tijerales. Entonces bajaron o ascendieron al vino más cercano, el de Florencio, y por tres días quedaron los martillos y los combos botados en la arena. Pero, ¡cuidado! Allá arriba, otra vez, trabajando como tremendos, cautelosos titanes. Allí están.

Y don Alejandro García sopesando el adoquín, cortando las uvas del granito, y haciendo crecer mi casa como si ella fuera un arbolito de piedra plantado y elevado por sus grandes manos oscuras.

EL PUEBLO Así como yo me pensé siempre poeta carpintero, pienso que Rafita es poeta de la carpintería. Trae sus herramientas envueltas en un periódico, bajo el brazo, desenrolla lo que me parecía un capítulo y toma los mangos gastados de martillos y escofinas, perdiéndose luego en la madera. Sus obras son perfectas. El chiquillo y el perro lo acompañan y miran sus manos circulando prolijas. El tiene esos ojos de San Juan de la Cruz y esas manos que levantan troncos colosales con tanta fragilidad como sabiduría.

Escribí con tiza los nombres de mis amigos muertos, sobre las vigas de raulí y él fue cortando mi caligrafía en la madera con tanta velocidad como si hubiera ido volando detrás de mí y escribiera otra vez los nombres con la punta de un ala.

LOS NOMBRES No los escribí en la techumbre por grandiosos sino por compañeros.

Rojas Giménez, el trashumante, el nocturno, traspasado por los adioses, muerto de alegría, palomero, loco de la sombra.

Joaquín Cifuentes, cuyos tercetos rodaban como piedras del río.

Federico, que me hacía reír como nadie, y que nos enlutó a todos por un siglo.

Paul Eluard, cuyos ojos color de nomeolvides me parece que siguen celestes y que guardan su fuerza azul bajo la tierra.

Miguel Hernández, silbándome a manera de ruiseñor desde los árboles de la calle Princesa antes de que los presidios atraparan a mi ruiseñor.

Nazim, aeda rumoroso, caballero valiente, compañero.

¿Por qué se fueron tan pronto? Sus nombres no resbalarán de las vigas. Cada uno de ellos fue una victoria. Juntos fueron para mí toda la luz. Ahora, una pequeña antología de mis dolores.

¹El poeta habla de un día del año 1938. (N. de la R.)

²El distinguido arquitecto español Germán Rodríguez Arias, entonces refugiado de la guerra civil española en Chile, actualmente Cónsul de nuestro país en Ibiza (N. de la R.)